ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

MORIR DE RISA

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON LUIS DE SANTA ANA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1873.

MORIR DE RISA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

- EL VIEJO TELÉMAGO, zarzuela en dos actos.
- LECCIONES DE AMOR, comedia en un acto.
- LA MUERTE DE BABBA-AZUL, zarzuela en un acto.
- UN BOTICARIO EN LAS TERMÓPILAS, juguete en un acto.
- EL HIJO DE CARRANQUE, comedia en un acto.
- LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA, zarzuela en un acto.
- LAS MULTAS DE TIMOTEO, comedia en un acto.
- CÉSAR Y BRUTO, zarzuela en dos actos.

MORIR DE RISA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON LUIS SANTA ANA

Representada por primera vez en el teatro de Variedades el dia 12 de setiembre de 1873.

MADRID,
IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.
Calle del Rubio, núm. 23.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA SERAPIA.	SRA. RODRIGUEZ (D.ª C.)
ROSARIO.	SRTA. RODRIGUEZ (D.ª L.)
DON LINO LINAZA. . .	SRES. LUJAN.
EDUARDO.	RUESGA.
FEDERICO.	RIQUELME.
PEPITO.	LASTRA.
UN CRIADO. . . .	PEREZ.

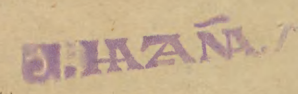
La escena en Madrid. Epoca actual.

AL SR. DON JUAN JOSÉ LUJAN,

A nadie mejor que á tí que tantas veces haces á cuantos te escuchan morir de risa, podria dedicar este juguete, y aunque te puedo asegurar que nunca mis propias obras me hicieron gracia, si me acuerdo de como interpretas tu papel en MORIR DE RISA, *me muero de risa sin poderlo remediar.*

Acéptalo, pues, como recuerdo cariñoso de

EL AUTOR.



ACTO UNICO.

Sala grande elegántemente amueblada. Puertas al foro y laterales en primero y segundo término.

ESCENA PRIMERA.

DON LINO, DOÑA SERAPIA, ROSARIO, EDUARDO Y PEPITO.

LINO. ¡Qué dia, señor, qué dia! ¡Qué trajin y cuántas emociones! Por fin hemos quedado solos los de la familia y podemos descansar hasta esta tarde que será la gran comida.

SER. ¡Modestia, Lino, modestia!

LINO. ¡No me retracto! ¡La gran comida! ¡Digo! ¡Veinte reales cubierto, y en la fonda Española! Lo bueno que tiene es que á mí no me asusta el gastar.

SER. (Aparte á D. Lino.) Te he dicho que es una estupidez hacer alarde de tener dinero en estos tiempos revolucionarios.

LINO. (Tienes razon; verás.) Por más que es muy posible que yo no tenga para pagar el gasto.

SER. Este hombre me quema la sangre con sus estremos. No sabes hacer más que tonterías. Resabios de tu educacion no te permiten alternar entre personas.

LINO. ¡Pero si yo no alterno más que contigo, mujer!

SER. ¿Qué haces, Pepito? Desde que volvimos de la iglesia aun no has dicho nada á tu prima.

ED. ¿Y qué la iba á decir, mamá?

SER. ¡Algo agradable! ¡Algo seductor! Las cosas que se dicen entre primos.

PEP. No me interrumpan ustedes; callen ustedes por favor. Tengo tres versos y me falta el cuarto.

ROS. Nunca encuentra el cuarto verso mi primo.

PEP. Es un pensamiento delicadísimo. Juzguen ustedes:

«Ya eres, prima, feliz; al fin y al cabo
tienes lo que en tus sueños presentías.
¿Qué estraño es que amante te sonrias?»

LINO. «Ateme usted esta mosca por el rabo.»

SER. ¡Pon eso! ¡Pon eso!

PEP. Si las musas lo oyeran, de bonito humor se pondrian.

SER. Pues qué, ¿no es verso?

LINO. Lo es; pero no tiene sentido comun.

SER. Como todo lo tuyo.

ED. Hoy no es dia de riñas.

LINO. Bueno; mañana será racion doble.

SER. (A Rosario.) Si no te hubieses quitado tu traje de novia, aprovechariamos la mañana en ir á casa de un fotógrafo.

ROS. Justo; para que me pusieran en su portal de vestido blanco y corona de azahar.

SER. Eso siempre es bueno que lo vea todo el mundo.

LINO. Con que el marido lo vea basta.

SER. ¡Todo el mundo contra mí! Nunca se te ocurre apoyar nada de lo que digo.

ROS. ¡Mamá!

SER. ¡Déjame! ¡Todos sois iguales!

ED. (Por fortuna pronto me iré á vivir á mi casa.)

LINO. ¡Qué mujer! ¡Dios mio! ¡qué mujer!

SER. Bien me lo decia mi madre. ¡Ese hombre no sirve para nada!

LINO. Se me figura que tú no pensarás lo mismo.

SER. Lo mismo.
LINO. Será; pero no me lo esplico.
SER. ¡Vas á decir una inconveniencia!
ROS. Voy á mi cuarto á acabarme de arreglar un poco. Acompáñame, Eduardo.
SER. Voy á dar mis últimas disposiciones.
LINO. Y yo.
SER. Tú, quédate.
LINO. ¿Para qué?
SER. Quédate te digo. En cuanto te mezclas en algo lo echas á perder. (Vase.)

ESCENA II.

DON LINO, luego UN CRIADO.

LINO. ¡Por qué mezclaria yo contigo! Por fortuna aun tengo dos recursos; un tiro para mí y una bola de estrignina para ella.
CRIAD. (Saliendo.) Señor, un caballero dice que tiene absoluta necesidad de ver á usted.
LINO. ¿Ha dicho su nombre?
CRIAD. Me ha dado esta tarjeta.
LINO. Federico Minguez... no le conozco. En fin, dile que pase. (Se va el criado.) ¡Minguez! Este nombre no me es desconocido! Yo conocí uno que era comandante de un batallon de provinciales y qué murió estando yo en Sevilla! ¿Será ese? No, no puede ser... Me estraña recibir yo una visita... No las tengo más que de negocios y esas las recibe siempre mi mujer. ¡Minguez! Ahora sabré quién es.

ESCENA III.

DON LINO Y FEDERICO.

FED. Ya le veo; gracias. ¿D. Lino Mostaza?
LINO. Servidor... Caballero, usted dispense. ¿Me ha llamado usted Mostaza?
FED. ¿No es ese su nombre de usted?
LINO. Linaza, amigo mio, Linaza.
FED. Cataplasma ó sinapismo lo mismo dá.
LINO. Usted dirá con qué motivo tengo yo el gusto de conocerle.
FED. La cuestion es muy grave para tratada á la ligera. Es preciso que nadie nos escuche.
LINO. Creo que nadie nos oye. Puede usted hablar.
FED. El paso que doy en este momento, caballero, podria traerme gravísimas consecuencias; me haria tal vez perder la vida. Júreme usted, señor de Pimienta, guardar la mayor circunspeccion.
LINO. Yo se lo aseguro, caballero.
FED. Usted tiene una hija, ¿no es cierto?
LINO. Ciertísimo.
FED. ¿Una hija de usted?
LINO. Mia, ya lo he dicho.
FED. ¿Usted la quiere como si fuera su hija?
LINO. Naturalmente.
FED. Pues bien; dado ese cariño; dados los deberes que le impone y las obligaciones que le rodean, ¡usted es un mónstruo!
LINO. ¡Caballero!
FED. Usted es un mónstruo, repito, usted ha precipitado á su pobre hija en un abismo. ¡Quiera Dios que aun sea tiempo de salvarla, por más que lo dudo mucho.
LINO. Sus palabras de usted me dan miedo. Espliquese usted.

FED. Es inútil; creo que ya es tarde.

LINO. Pero espliquese usted.

FED. Adios, amigo mio; conste que he querido hacer á usted un favor; pero ya es tarde.

LINO. (Agarrándole y obligándole á volverse a sentar.) ¡Y dale con que es tarde! ¿Quiere usted no apurarme más? ¿Quiere usted decirme de una vez, de qué crímen tengo que acusarme?

FED. A veces vale más ignorar los males, sobre todo cuando no tienen remedio. Déjeme usted marchar, señor de Mostaza.

LINO. ¿Conque se ha empeñado usted en no llamarme por mi nombre? Corriente, todo se lo perdono con tal que hable claro en el tenebroso asunto á que se refiere.

FED. Es que á veces no basta la buena fé; no basta la mejor voluntad y es tan monstruoso el hecho que tengo que revelarle, que tras de esponerme, como ántes dije, á que se venguen en mí cruelmente, pudiera usted tomarme por un calumniador vulgar, y eso no lo toleraria yo, señor de Mostaza.

LINO. Señor de Sinapismo, ¿se ha propuesto usted dar al traste con mi paciencia? ¿Quiere usted hablar, sí ó no?

FED. Voy á hacerlo.

LINO. ¡Gracias á Dios!

FED. Respóndame usted ántes á algunas preguntas. El interrogatorio será breve. (D. Lino hace un movimiento de impaciencia.) ¿Es cierto que su hija de usted ama á un jóven que se llama Eduardo Cortázar?

LINO. Es cierto.

FED. ¿Es cierto que usted apoya á ese jóven?

LINO. Cierto, sí, le he apoyado.

FED. ¿Luego ya no le apoya usted?

LINO. ¿Y á asunto de qué le habia de apoyar ahora?

FED. Entonces la cosa aun puede tener remedio. Es

forzoso, si usted quiere evitar una gran desgracia, que se oponga con todas sus fuerzas á que se lleve á cabo el enlace de su hija de usted con semejante hombre.

LINO. ¡Qué!

FED. Déjeme usted llorar un momento. (Se lleva el pañuelo a los ojos.) Ya está; ahora continúo. El hombre á quien usted dispensaba su confianza es digno por todos conceptos de estar en Ceuta ó en el Peñon de la Gomera. ¡Es un infame! ¡un asesino!

LINO. ¡Horror!

FED. De seguro que al darse á conocer á ustedes se habrá rodeado de mil circunstancias simpáticas. Habrá dicho que era soltero.

LINO. Justo.

FED. Que era abogado.

LINO. ¡Cierto!

FED. Habrá afectado un carácter dulce.

LINO. ¡Muy dulce!

FED. ¡Muy agrio, señor de Pimenton, muy agrio! El hombre que admite usted en el seno de su confianza nunca ha sido abogado, ni jóven, ni soltero.

LINO. ¿Pues qué, nació casado?

FED. Ese Eduardo que le ha sido á usted tan simpático, es la cuarta vez que se casa.

LINO. ¡La cuarta! ¡pobre hombre!

FED. ¡La cuarta, sí! Tres veces ántes que en Europa ha sido casado en América.

LINO. ¡Pero eso es imposible! Eduardo es muy jóven y apenas ha tenido tiempo de enviudar las tres veces.

FED. Esa cabalmente es la página horrible de su historia. Sus pobres mujeres apenas han vivido un mes á su lado, pues inocentes víctimas fueron sacrificadas por el furor de ese nuevo Barba-Azul.

LINO. ¿Barba-Azul?

FED. ¡Chipé!

LINO. ¡Ciélos, qué sospecha! Acaso...

FED. ¡Sí, amigo mio! Eduardo ha asesinado una por una á todas las que por su desgracia le siguieron al tálamo nupcial. (Enterneciéndose.) Y ni la hermosura, ni la juventud de las pobres víctimas, detuvieron la mano despiadada de esa fiera sin entrañas. ¡Yo soy una de ellas, caballero!

LINO. ¡Cómo! ¿Usted ha sido mujer de Eduardo?

FED. Soy el hermano de su última esposa.

LINO. Tenia usted razon cuando decia que ya no tenia remedio el mal. Mi pobre hija se ha unido esta mañana en indisoluble lazo con ese monstruo.

FED. ¡Casado! ¡Está casado! ¡Desgraciada familia!

LINO. Pero hay que poner inmediatamente un remedio; hay que dar parte á la autoridad; solicitar el divorcio.

FED. Todo cuanto haga usted, yo lo creo completamente inútil; porque un hombre haya estado casado tres veces, ningun tribunal fallará su separacion de la cuarta mujer.

LINO. Sí, pero sus crímenes anteriores...

FED. Tampoco lo son ante los tribunales.

LINO. ¿Y qué crímen es ese que la ley no castiga?

FED. Uno que á no ser infraganti nunca puede probarse.

LINO. Acabe usted. ¡De qué medio se vale ese infame para librarse de sus mujeres!

FED. Es muy sencillo. En el momento en que puede y está seguro que nadie le interrumpe, empieza á hacer cosquillas á su mujer, escitando de este modo el sistema nervioso hasta tal punto que produce en ella un violento ataque cerebral. La muerte de este modo parece natural, y como dije á usted ántes no tiene responsabilidad criminal alguna por haberla producido.

LINO. De modo que ese hombre tiene por única arma la risa.

FED. Sí señor; todas sus mujeres han muerto de lo mismo, y por eso con cínico valor decia cuando yo le conocí que todas sus mujeres habian muerto muy contentas.

LINO. Pero eso pone los pelos de punta.

FED. Sí, señor, al que los tenga.

LINO. Es verdad, al que los tenga. (*Tocándose la calva.*) ¿Pero cómo pudo usted descubrir semejante infamia?

FED. Mi pobre hermana me lo reveló en los últimos momentos, y como además de haberme sido imposible probarlo, Eduardo, que es un matachin que ha tenido más de cien duelos felices, á la par que se reia de mis reproches, me prometió, si propalaba semejantes especies, matarme como á un perro, calléme por entonces, no sé si de pena ó si de miedo; pero hoy que la casualidad puso en mi noticia que una nueva víctima iba á inmolarse en aras de mi ex-cuñado, he querido advertirla aun á costa de mi existencia.

LINO. ¡Dios mio! ¡qué va á ser de mí! Es necesario tomar una pronta determinacion.

FED. ¡Sí, pronta, amigo mio! Tal vez hoy pudiera consumarse el sacrificio.

LINO. ¡Corro á advertir á mi mujer del peligro que nos rodea! ¡Usted no nos abandonará!

FED. No; me quedo. Quiero confundir con mi presencia al que antes me causó tanta pena. Aquí le espero á usted.

LINO. Si quiere usted descansar en ese gabinete..... que es mi estudio, puede usted hacerlo; nadie le interrumpirá; yo no entro nunca. Hasta despues. (*Señalando la puerta de la derecha.*) (*Vase D. Lino.*)

ESCENA IV.

FEDERICO, despues EDUARDO.

FED. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué modo de mentir! ¡Pobre viejo! Supongo en este momento ver la compungida cara con que contará á su mujer la fúnebre historia que acabo de inventar; pero aun gozo más con la que pondrá Eduardo cuando sepa mi jugarreta. ¡Ah! ¡amigo mio! Tú has faltado á tu sagrada palabra y ahora vas á recoger el fruto de tu falta. Daria cualquier cosa por verle.

ED. (Dentro.) Vuelvo enseguida, vida mia; apenas tardaré media hora.

FED. ¡El es! Hagamos nuestra fantástica aparicion, Caballero, ¿podria usted escucharme una palabra? (A Eduardo que sale de espaldas por la puerta donde entró como depidiéndose de alguien.)

ED. ¡Usted dirá! Federico, ¿tú aquí? ¡Tú en mi casa! ¡Ven á mis brazos!

FED. Luego me abrazarás. Escucha ántes un momento. ¿Nada te dice mi presencia aquí? ¿Nada te produce mi vista?

ED. Sí tal; una gran alegría! ¡Ya ves! cinco años sin ver á un compañero de la infancia que como tú no se habia separado nunca de mí ni en colegios ni en universidades!

FED. ¡Nada más sientes que alegría?

ED. ¡Nada más! ¿Qué más quieres que sienta?

FED. Pues bien; yo al verte no siento la alegría que tú; al contrario, tu vista me produce pena, y no hubiera venido á no tener que entregarte una cosa que era comun á los dos en otro tiempo; pero de la que hoy te hago completa donacion. (Le entrega un pliego.) ¡Este pliego!

ED. Y ¿que es? (Va á abrirlo.)

FED. Un momento. Prométeme no abrirlo hasta que yo haya salido de esta casa.

ED. Tu aire misterioso me da risa. En fin así lo haré; pero con la emocion se me habia olvidado decirte que hoy por la mañana he entregado mi cuello al yugo de himeneo, y que ya que esta dichosa casualidad nos ha vuelto á reunir, quiero que esta tarde asistas á mi comida de boda.

FED. Te doy mil gracias; pero hoy me es imposible completamente. Un compromiso anterior me impide tener ese gusto. Pero no te apures; tiempo tendremos de comer juntos, y podré desquitarme de la falta de hoy.

ED. ¿Pero á quién esperas aquí?

FED. A un señor que se llama Mostaza ó no sé cómo.

ED. ¿Linaza? ¡Mi suegro, chico, mi suegro!

FED. (¡Inocente!) ¿Conque es tu suegro?

ED. Sí, y escuso decirte que si tratas con él cualquier negocio, yo te apoyaré con todas mis fuerzas; pero él sale y con él te dejo. Voy en un instante á evacuar una comision de mi mujer. (Aparecen D. Lino y doña Serapía hablando en voz baja.) Queridos papás, tengo el gusto de presentarles á D. Federico Minguez, que es casi un hermano mio.

LINO. (A Serapia.) ¿Lo ves? Su cuñado.

SER. (A Lino.) ¡Mónstruo!

LINO. ¡Prudencia por Dios! ¡Este hombre debe ser capaz de todo!

ED. Adios. Hasta muy pronto. (Vase por el foro derecha.)

ESCENA V.

FEDERICO, DON LINO, DOÑA SERAPIA.

LINO. ¡Casi su hermano! ¡Pobre jóven! ¡Cuánto debe usted sufrir!

FED. ¡Mucho!

SER. Permita usted que me presente. Yo soy la madre de la mujer de su cuñado de usted.

LINO. ¿Por qué no dices mi esposa?

SER. No viene al caso.

LINO. Esta señora es mi mujer.

SER. ¡Qué alardes!

FED. Tengo sumo gusto...

LINO. Enterada por mí de lo sucedido, ha ideado un plan que creo dará los más escelentes resultados, puestos ya en la situacion en que nos encontramos.

FED. Veamos.

SER. Es muy sencillo. El mejor medio de evitar una catástrofe es el de impedir á todo trance que se quede á solas mi yerno con su mujer.

FED. ¡Magnífico! (¡Pobre Eduardo, cómo te vas á divertir!)

SER. ¿Usted lo aprueba?

FED. No cabe mejor.

LINO. Desde este momento lo pondremos en planta.

SER. ¿Seria conveniente instruir á mi hija de las maldades de su esposo?

FED. De ningun modo. Mas tarde lo sabrá. Hoy por hoy seria cruel matar de un golpe sus ilusiones. (Mi broma no debe estenderse hasta esa pobre niña.)

LINO. ¿Usted permanecerá algun tiempo con nosotros?

SER. Tendremos mucho gusto en ofrecerle hospitalidad el mayor tiempo posible.

FED. Señora, harto lo siento, pero me es imposible aceptar su ofrecimiento. He venido á Madrid tan solo para dar á ustedes este aviso y en el tren de las seis y media tengo que volver sin falta al punto de mi residencia.

SER. Sea como usted quiera; pero conste que era bueno nuestro deseo.

LINO. Si te parece llamaremos á Pepito, que, como has dicho muy bien, debe entrar en el complot.

SER. Bueno, llámale. (D. Lino toca la campanilla y sale un criado.)

LINO. Al señorito Pepe que tenga la bondad de venir inmediatamente. (Vase el criado.)

FED. No quiero irme, sin embargo, hasta despues de haber confundido al miserable. Por lo tanto con el permiso de ustedes, permaneceré en esa habitacion hasta la hora precisa de marchar.

SER. Está usted en su casa.

FED. Soy al momento de ustedes... (Vase.)

ESCENA VI.

DON LINO Y DOÑA SERAPIA.

LINO. Supongo que en el plan de ataque no formaré yo parte del ejército activo.

SER. Pues supones mal.

LINO. Pues lo echaré á perder.

SER. Pues harás lo de siempre.

LINO. ¿Qué gusto sacas entonces con que yo me luzca?

SER. Tu inutilidad va rayando en lo inverosímil. Sabes que los únicos que podemos de un modo disimulado evitar que Eduardo se quede solo con Rosario somos los dos; sabes que Pepito puede ser únicamente nuestro mero ayudante, y quieres disminuir en un cincuenta por ciento los medios de ataque. ¡Ay Lino, Lino! Si no fuese porque pongo yo la mayor parte, ¡cuántas veces quedarías mal, hasta en los asuntos más simples y naturales!

LINO. Ese hombre debe ser una fiera; tanto más cuanto que aparenta la mayor dulzura. Contigo no se atreverá, de seguro; pero á mí es probable, que si se cansa alguna vez de mi fiscalizacion, me haga primero lo que piense hacer con nuestra hija.

SER. ¿Y qué?

LINO. ¿Cómo y qué? ¡Pues me gusta! ¿De qué serviria que me matara?

SER. De mucho. Si cometiera un crímen anterior, habria medios de llevarle á los tribunales y de evitar por lo tanto á nuestra hija el fin funesto que la espera.

LINO. Me admira tu amor de madre; pero cree que si te dejases tú sacrificar te inmortalizarias por completo.

SER. ¡No tienes entrañas! ¿Qué padre dudaria en dar la vida por sus hijos?

LINO. Tú, qué quieres encajarme á mí el muerto.

SER. Pues bien; ya que esa pobre niña no tiene un padre que se sacrifique por ella, pediremos esté sacrificio á otro.

LINO. ¡Poco á poco! ¿Pues cuántos padres tiene mi hija?

SER. No digas sandeces. ¡Me refiero á otra persona!

LINO. Pero ¿quién ha de prestarse á semejante desatino?

SER, Pepito.

LINO. ¡Pepito! Pues bueno está Pepito para luchar con nadie.

SER. No insultes á mi sobrino.

LINO. Un hombre que está luchando mentalmente con las musas hace diez años con tan mal éxito, quieres que sostenga con bueno una lucha material.

SER. La sostendrá, porque quiere mucho á su prima.

LINO. Justo; y el marido le pegará doble por lo mismo.

SER. ¡El es el único hombre de la familia!

LINO. ¡Pues valientes machos tiene tu raza!

SER. ¡Eres grosero!

LINO. Lo sé.

SER. ¡Inconveniente!

LINO. Lo sé.

SER. He de matarte.

LINO. Lo sé; y lo estraño es que viva todavía. ¡Cuántas penas me hubiera ahorrado en el matrimonio, si me hubiese muerto á los seis meses de garrotillo!

SER. Pepito viene. Oigo sus pasos. Espero que con tus inconveniencias no le desanimes.

LINO. Bien; le daré el valor que no uso.

ESCENA VII.

DICHOS Y PEPITO.

SER. ¿Cómo has tardado tanto?

PEP. Ha habido dos razones. La primera, que cuando me llamaron estaba terminando un soneto.

LINO. ¿Que aun no has concluido?

PEP. ¡Es cierto!

LINO. Siempre le pasa lo mismo.

PEP. Y la segunda, que he estado en el despacho de mi tio, hablando con ese caballero que ha venido hoy de visita, y que me ha enterado de la horrible historia de mi nuevo primo y de los medios que ustedes van á emplear contra él.

SER. ¿Te parecen buenos?

PEP. ¡Psch! ¡Hasta cierto punto! Encontraría más poético y sobre todo más conveniente administrar hoy mismo al tal Eduardo una libra de polvos de morfina y que reventara de una vez.

LINO. Y que de una vez fuésemos todos en procesion á Ceuta.

SER. ¡Niega ahora que tiene resolucion! (A Lino.)

LINO. Para ideas como esa no se necesita mucho talento.

SER. Te doy gracias, Pepito, por tu buena intencion; pero el Código que nos rige no nos permite llevar á cabo tu plan. Opto, pues, por el mio, que aunque menos espeditivo nos dará tiempo para combinar otro de mejores resultados.

PEP. ¿Y qué papel voy á hacer yo en esta comedia?

LINO. El del oso.

SER. Tú, como nosotros tratarás de no dejarlos nunca estar solos.

PEP. Y si Eduardo llega á cansarse alguna vez de mi presencia y me violenta á dejarles?

SER. ¿Te defiendes y hasta haces uso de tus armas!

PEP. Pero si yo no tengo más armas que un lapiz y una pluma de ganso.

LINO. ¡Pues te defiendes con tus plumas!

SER. ¡Déjate matar si es preciso!

PEP. ¡Eso no es preciso nunca!

LINO. ¡Lo ves, mujer, cómo en esa materia todos piensan lo mismo!

SER. ¡Por qué no he nacido yo hombre!

LINO. Eso digo yo.; ¿por qué? Pero sin serlo puedes sacrificarte si quieres! La muerte no reconoce sexos.

SER. Hagamos lo que he dicho, puesto que no queda otro remedio. ¡Ay! si las cosas pudieran hacerse dos veces...

LINO. ¡O si pudieran deshacerse una vez!

ED. (Dentro.) En trayéndolo, que lo pasen al cuarto de la señorita!

PEP. ¡La voz de mi primo! ¡Huyamos; es preciso prevenirnos!

SER. Por esta puerta. (Señalando á la primera puerta izquierda.)

LINO. Pronto; ya viene.

ESCENA VIII.

EDUARDO, despues ROSARIO, DON LINO, DOÑA SERAPIA Y PEPITO.

ED. No estará descontenta mi mujer. El neceser es divino y en cuanto lo vea, de seguro me da un abrazo. Voy á darla noticias de mi compra; pero no, mejor es llamarla aquí. Aun no he podido estar solo un momento con ella. En su

cuarto siempre hay gente. ¡Rosario! ¡Rosario!

Ros. (Saliendo.) ¿Me llamabas?

Ed. Sí, para darte una mala noticia. Me ha sido imposible comprarte un neceser tal cual yo queria.

Ros. ¿Y eso es mala noticia?

Ed. Lo es, puesto que no realizas un gusto.

Ros. El mayor mío es verte junto á mí. Cuando alguna amiga mia se casaba, notaba yo siempre que el dia de la boda estaba triste y hasta llorosa. A mí me pasa todo lo contrario. Desde que esta mañana ví realizados, al unirme contigo, mis más dulces sueños, todo me hace gracia y en mi loca alegría no hago más que reirme de todo.

Ed. Bien haya tu buen humor. El contrasta sobremanera con la cara de calabaza de tu pobre primo Pepito.

Ros. ¡Ja, ja, ja!

Lino. (Saliendo.) (¡Ya empezó su obra maquiavélica!) ¡Estábais aquí!

Ed. Está visto que no he de poder hablar un minuto con mi mujer.

Lino. Yo no os estorbo; podeis seguir hablando.

Ros. Nos iremos á mi cuarto.

Lino. (Esa chica conspira contra sí misma. Enviaré á mi mujer para que los retenga.) Yo soy el que me voy; tengo que hacer allá dentro. (Vase.)

Ed. Pues bien, mujercita mia, no puedo mentirte por más tiempo. No solo he comprado el neceser, sino que hasta creo que ha de gustarte sobremanera.

Ros. ¿Conque tan pronto empieza usted á engañar á su mujer? Señor don Eduardo, esa conducta me parece muy reprensible. ¿Conque es tan bonito?

Ed. ¡Precioso!

Ros. ¡Ay qué gusto! ¿Y no lo has traido?

ED. Está en tu cuarto y cuando quieras me darás tu opinion.

ROS. Mereces un abrazo; te permito que lo cobres adelantado.

ED. ¡Me pagas con usura! (Abrazándola.)

ROS. Suelta, que me haces cosquillas. (Riéndose y desviándose de él.)

SER. (Saliendo.) Caballero, ¿qué iba usted á hacer?

ED. Estaba abrazando á mi mujer.

ROS. Justo, me abrazaba y yo me reia, porque me hacia cosquillas.

SER. ¿Y no tiembla usted, monstruo, ante tanta inocencia?

ED. ¿Por qué? Lo que encuentro inocente es que dé usted tal valor á un acto tan natural.

SER. (¡Su cinismo me espanta! ¡Llama natural al acto de asesinar á su mujer! ¡Pues si todos los maridos pensaran lo mismo!)

LINO. (Asomando la cabeza por entre las cortinas de la puerta izquierda.) ¡Animo, Serapia! ¡Esta seria la mejor ocasion de confundirle!

SER. Aun no es tiempo.

LINO. ¡Pues aguardaremos á que la mate!

ED. ¿Decia usted algo, mamá? ¿Se la pasó á usted ya el mal humor?

ROS. No crea usted, mamá, que á mí me hace daño que me hagan cosquillas.

SER. ¡Desgraciada!

LINO. ¡Ella misma se mata!

PEP. (Asomando la cabeza por la segunda puerta de la izquierda.) ¡Pobre prima! ¡Calla, corazon!

LINO. (A Pepito.) ¡Decias!...

ED. ¿Pero quién habla ahí? (Volviéndose. D. Lino y Pepito se retiran violentamente, volviendo á aparecer en el momento y haciendo el mismo juego cada vez que Eduardo y Rosario vuelven la cabeza.)

SER. Soy yo, que cantaba el Barba-azul.

ED. (Cantando.) Yo soy Barba-azul, chipé.

SER. Pero á Barba-azul le cortaron al fin y al cabo la cabeza!

ED. Lo cual, despues de todo me tiene completamente sin cuidado.

LINO. ¡Ya te lo dirán de misas!

PEP. (¡Tunante!)

ED. ¿Sigue usted cantando, mamá?

ROS. ¡Qué fastidio!

ED. Si quieres iremos á ver el neceser.

ROS. Sí, vamos. (Van á irse.)

SER. ¿Adonde van ustedes?

ROS. ¡A mi cuarto, mamá!

SER. ¡Iré con vosotros!

ED. Volvemos al instante.

SER. (Pero esta chica está empecatada!) Hija mia, ¡estás hoy muy nerviosa!

ROS. ¿Por qué?

SER. Porque... (Aun no me conviene descubrirla la verdad.)

LINO. Estoy sudando como un pollo.

PEP. (Y no tener espada en el cinto!)

ED. ¿Vamos, Rosario?

ROS. Vamos. (Se van por la 1.ª puerta de la derecha cerrándola.)

ESCENA IX.

DOÑA SERAPIA, DON LINO, PEPITO.

PEP. (Saliendo.) ¡Esto es horroroso!

LINO. Mi pobre hija no va á vivir ni un mes!

PEP. ¡Qué bonito asunto para un drama!

LINO. Sí, buena ocasion para hacer comedias!

SER. (Observando por la cerradura.) ¡Se han sentado juntos!

LINO. ¡Malo! ¡Déjame á mí observar!

PEP. Yo miraré. Usted no ve tres sobre un asno.

SER. Quítate. Pepito tiene razon. Déjale á él que mire.

PEP. (Observando.) Mi prima se pone cada vez más contenta.

SER. (Mirando tambien.) ¡Es cierto! ¿Qué la dirá ese mónstruo?

LINO. Mientras no la toque, todo va bueno.

PEP. ¡Ya la toca! ¡Ya la toca!

SER. ¡No perdamos el tiempo! ¡hay que obrar con energía! (Los tres avanzan al medio de la escena y se oye dentro reir á Rosario á carcajadas.)

LOS 3. ¡Ya es tarde!

LINO. ¡El verdugo sacrificó á su víctima!

SER. (Llamando á la puerta.) ¡Infame! ¡infame! ¡Salga usted aquí!

LINO. ¡Ese hombre va á asesinarnos á todos!

PEP. ¡Yo tengo un miedo que no veo! (La puerta se abre repentinamente. Los tres dan un grito y se retiran al lado opuesto de la escena.)

ESCENA X.

DICHOS, EDUARDO, despues ROSARIO.

ED. ¿Qué sucede? ¿á qué viene ese terror?

LOS 3. ¡Socorro!

LINO. ¡No se acerque usted!

ROS. (Saliendo.) ¡Qué pasa!

LOS 3. ¡Ella!

SER. ¡Hija mia, ven á mis brazos! ¡No te separes nunca de mí! ¡Quiero salvar su vida aun á costa de la mia!

LINO. Sabemos quién es usted.

ED. Nada tiene de particular, yo mismo se lo he dicho.

SER. Máteme usted á mí; pero perdone su juventud.

LINO. Sí, hombre, sí, mátela usted á ella!

ED. ¿Acaso tienen ustedes el capricho de morirse?

PEP. Demos una prueba de valor. ¡Caballero! (Arrodi-

llándose á los piés de Eduardo.) Haga usted conmigo lo que pensaba hacer con su mujer.

Ed. ¿Tambien estás tu loco, Pepito? (Va á cojerlo.)

Lino. ¡Acepta el cambio!

Pep. (Corriendo.) ¡Socorro!

Ser. ¡Déjate matar, cobarde!

Ros. ¡Ja, ja, ja! ¡Todos están locos! Vámonos.

Los 3. ¡Nunca!

Ed. Concluyamos de una vez. Solo tolero las bromas hasta cierto punto.

Lino. Ya va á empezar la degollina. Acércate al balcon y llama á la pareja de la esquina.

Pep. Llámela usted. Si me oye gritar, va á empezar por mí.

Lino. ¡Ay si fuera posible trasladarme á China como el pensamiento!

Ed. ¿Pero podré saber al cabo qué significan las palabras de ustedes?

Ser. Si acaso la fortuna de mi hija es lo que usted desea, llévesela; por nosotros nada tiene que temer.

Lino. Pero, hombre, ¡por qué matarla tan pronto!

Ed. ¿Pero á quién?

Pep. ¡Todo lo sabemos, caballero!

Ed. ¿Pero qué es todo con mil santos?

Pep. Sus asesinatos de usted.

Ed. ¡Qué dices, miserable! (Queriendo arrojarse á él, Pepito huye.)

Pep. ¡Ay de mí!

Lino. ¡Ve usted cómo haciamos mejor en callarnos!

Ros. ¡Sus asesinatos! ¡Qué horror!

Ser. ¡Sí, hija mia, este hombre ha matado ya á tres mujeres!

Ed. ¡Señora!

Lino. (¡Y yo que con una me hubiese contentado!)

Ser. ¡Sí, tres mujeres con las cuales ha estado casado!

Ed. Rosario, no lo creas!

ROS. ¡Apártese usted, mónstruo!

PEP. ¡Mónstruo! ¡atrás! (Escondiéndose detrás de un sillon.)

ED. ¿Tambien ella?

LINO. ¡En vano es que trates de disimular tus crímenes!

ED. Niego absolutamente semejantes barbaridades.

LINO. ¿Aun te atreves á negarlo?

ED. Y lo negaré siempre.

LINO. ¡Voy á confundirte! (Llamando.) ¡D. Federico! ¡D. Federico! salga usted.

ED. ¿Pero á quién llama?

LINO. A ese generoso jóven que ha venido á advertirnos del peligro; á su cuñado de usted.

ED. ¿A mi cuñado?

LINO. Sí, al hermano de su última víctima. ¡A Minguez! ¡A Minguez! ¿Pero no te estremece el apellido?

ED. ¡Ja, ja, ja! Ese demonio de Federico es el autor de todo. Llámele usted, llámele usted, veremos á ver quién es el confundido.

ESCENA XI.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRIAD. El caballero que antes vino de visita acaba de marcharse.

ED. Veamos si su carta nos esplica esta pesada broma.

«Mi querido Eduardo: Segun convenio mútuo que contrajimos en el colegio hace doce »años, existia en ambos el derecho de impedir »por cualquier medio la boda de cualquiera de »los dos. Tú me dejaste casar y desde que per»dí mi libertad, perdí mi sosiego y mi ventura. »Yo, mejor amigo, he tratado de impedir tu »matrimonio; pero en la imposibilidad de ha»cerlo, he inventado la fábula que tanto ha da-

»do que hacer á tus suegros. Que perdonen to-
»dos á tu cariñoso amigo Federico.»

LINO. ¿Luego no era cierto?

ROS. Perdóname si he dudado.

SER. (No las tengo todas conmigo.) Vigilaré.

LINO. Pues se va á divertir mi yerno.

ED. ¿Lo ven ustedes? Parece mentira que hayan creido semejante tontería.

LINO. (Por si pega, desde mañana voy á empezar á hacer cosquillas á mi mujer.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRIAD. El salon está lleno de convidados.

LINO. Vamos allá. La hora de la comida se acerca.

TODOS. Vamos.

ED. Pero antes tengo que advertir cuatro palabras á estos señores. (Dirigiéndose al público.)

El autor, al componer
lo que tú acabas de oir,
evitó gracioso ser,
no llegase á suceder
que murieras por reir.
Sírvale, pues, su intencion
de disculpa á su maldad;
concédele tu perdon,
mátale por compasion
á fuerza de hilaridad. (Telon rapido.)

FIN DEL JUGUETE.